

vuestros? ¿Os matarían ellos, si os hubiesen vencido? Les imputáis la muerte de vuestro rey, que no ha muerto, sinó que vive para prescribiros la clemencia: en su nombre os hablo, y de su parte os la encargo. Supuesto que nos vemos precisados á tener guerra con nuestros conciudadanos, hagámosla con armas iguales; pero cuando estén vencidos, dispensémosles nuestra amistad. Vamos, hijos; volvamos al amable Carlos, y llenemos cuanto ántes los deseos de sus fieles partidarios, consolándolos con su presencia. — Este discurso desconcertó los pensamientos y ablandó los corazones de la muchedumbre, que se reunió de nuevo al rededor del carruage. Carlos, á quien la aya tenía en su regazo, abrió ya los ojos y empezaba á respirar. Cuando le mostré á aquella gente amotinada, procuró sonreirse, y con esto se aquietaron: cesó poco á poco el alboroto, y logramos

apaciguar la agitacion y restablecer el orden. Hicimos que fuesen alojados los heridos en las casas del lugar, mandamos abrir hoyas para enterrar al punto á los muertos; y cuando se restableció la tranquilidad, de modo que pudiésemos proseguir seguros nuestro camino, nos pusimos en él, colmados de los vivas y aclamaciones de los concurrentes.

Este fué el único desastre que esperimentamos, del cual hablaron los periódicos con mucha inexactitud, teniendo el mayor cuidado en no explicar su causa, ni cómo sucedió. Lo refrieron como una refriega ordinaria entre los soldados de Charette y los de la república; y no se atrevieron á noticiar el rapto de Carlos, de que ya empezaba á hablarse, segun me lo escribía un corresponsal que estaba muy bien informado. Me acuerdo igualmente de que el mismo sugeto que me participaba el fallecimiento de Desault, publicado en

los papeles, añadía juntamente, que habiéndose tomado la libertad un periódico de hacer algunas reflexiones acerca de la causa de esta muerte casi repentina, fué recogido al día siguiente. Esto pudo dar lugar á mil conjeturas; pero confieso que no he podido hasta ahora fijarme en las mias.»

No le pesará al lector tener alguna noticia, ántes de proseguir la narracion de Felzac, de lo sucedido en Paris despues del robo del *pretendiente*, que es el título con que entónces designaban á Carlos. Varios representantes, que eran en aquella época miembros del Gobierno, ó allegados suyos, me han confirmado posteriormente esta relacion circunstanciada, que me comunicó Cipriano.

Llegó Desault dos horas despues de haber sacado del Temple al hijo de Luis, y se acercó ante todo á la cama, en que creía estaba el enfermo. No habiendo

aun salido el niño que le sustituía, del letargo en que le sumergió la bebida soporifera, quiso el cirujano tomarle el pulso sin despertarle. Pero como cabalmente se le había empezado á formar en la muñeca izquierda una de las escrófulas, que había notado Desault, y no la percibió al tentar aquella parte del brazo del enfermo, le hizo prorumpir por de pronto esta novedad en una exclamacion. Su sorpresa fué en aumento y se cambió luego en verdadero susto, cuando observando mas de cerca al que estaba en la cama, conoció que no era el mismo que habían puesto á su cuidado. Vínole al instante á la memoria la entrevista, conversacion y proyectos de Felzac, y sospeché la verdad de la cosa, sacándole de toda duda un simple exámen y la confesion de la asistenta, que aun estaba asustada. La misma admiracion sobrecogió al portero interior, que habiendo sido llamado,

confirmó el robo con la esplicacion de lo que había visto. Para colmo de tan penosa confusion, salió la princesa de su cuarto, oyendo la gritaría del de su hermano, y se presentó en medio de aquellas tres personas alborotadas. Así que supo la causa de tanto sobresalto, añadió su llanto y suspiros á los gemidos de la asistenta, á las maldiciones del guardian, y á las exclamaciones y conjeturas de Desault. Mas de una hora permanecieron en esta situacion, sin que nadie discurriese un medio para salir del apuro. María Teresa sollozaba en un rincon, y se tapaba los ojos con un pañuelo para no ver al desconocido que estaba en la cama de su hermano; la enfermera se hacía amargas reconvencciones por su debilidad, interrumpiéndolas sólo con sordos gemidos; el portero, derecho al pié de la cama y reclinada la cabeza sobre su mano, levantaba al cielo los ojos y apretaba los

dientes con un movimiento convulsivo; y Desault se paseaba con precipitacion, parándose á veces, pateando de cólera, y dando de tiempo en tiempo una ojeada al niño que estaba dormido.

Pidió luego un tintero el cirujano, y escribió muy de prisa un breve oficio para el tribunal de policia interior. En el momento en que este lo recibió, delegó á dos representantes del pueblo, los cuales fueron sin perder tiempo á recibir las atestiguaciones sobre el caso, justificaron hasta las menores circunstancias, y despues de haber consignado á las mugeres en el cuarto de María Teresa, se encerraron ellos en el de su hermano. Como nadie asistió á esta conferencia secreta, no se puede calcular qué puntos serían los que allí se discutieron, ni saber las disposiciones que se tomaron, mas que por los resultados.

Parece que por medio de los telé-

grafos enviaron sin dilación á todos los ejércitos el aviso del robo de Carlos juntamente con sus señas; ó que solamente lo dirigieron á las divisiones militares de poniente, por estar noticiosos los empleados de policía de la ruta que el rey había tomado. De uno y otro modo se entiende cómo sucedió el encuentro de los gendarmas.

Sería muy arriesgado el sostener, que todos los acontecimientos de aquella época en Paris se debieron necesariamente á este. Varias circunstancias casuales suelen motivar los hechos, sin que unos estén encadenados con otros. Es propio de la naturaleza, educacion y gusto del vulgo, y aun le es en cierto modo indispensable, el buscar y hallar las causas en lo que está mas inmediato á los efectos; mas no discurre de este modo el hombre acostumbrado á meditar y reflexionar. Si subiendo por las tortuosas y difíciles sendas que separan

los resultados de los principios, pierde el hilo de sus investigaciones en las tinieblas de la contingencia, ó en la artificiosa oscuridad del secreto; se limita á dar los hechos desnudos y sin accesorios ni conjeturas, dejando á la penetracion de los hombres que todo lo adivinan, ó á la malignidad de los que de nada dudan, el gusto y cuidado de descubrir los muelles misteriosos de la máquina, de que solo ha visto el movimiento, sin que pueda, ó tal vez quiera, esplicar su estructura.

Murió Desault dos dias despues de la ausencia del hijo de Luis. Volvió del Temple con un fuerte calenturon, y habiendo estado solo y escrito por bastante rato, dirigió á los miembros del Gobierno un pliego, cerrado con tres sellos. Despues de haber hecho un reconocimiento general de sus manuscritos y papeles, y de haber quemado muchos, se metió en cama; y no obstante

el cariño de su esposa, el desvelo de sus discípulos y los remedios del arte, tuvo que ceder á los fatales progresos de un mal incurable.

Cinco dias despues de esto un individuo del tribunal de policia interior, llamado Sevestro, subió á la tribuna de la Convencion, con el objeto de participarle la enfermedad y muerte de Luis, hijo de Capeto. El orador atribuyó entrambas cosas á la hinchazon raquítica, que de mucho tiempo atormentaba al niño. En el mismo dia dos empleados de sanidad, uno de los cuales había sucedido á Desault en la plaza de primer cirujano del hospicio de caridad, pasaron al Temple, á donde ya acudían algunos dias, y disecaron un cadáver, *que les presentaron los comisarios, como que era el del hijo de Luis Capeto*, segun lo dice espresamente la sumaria. Así que se estendió la informacion, dos comisarios civiles, á los que se había agre-

gado otro de policia del cuartel del Temple, trasladaron los restos del difunto en un ataúd, y los mandaron depositar á presencia suya en el cementerio de santa Margarita, que está en el arrabal de S. Antonio. La Convencion dió parte en su diario de todos estos pormenores; pero los que encuentro en la relacion de Felzac, son los que siguen.

« Tardamos poco en llegar á Fontenay, donde se hallaba á la sazón el cuartel general del ejército católico y real, al que habíamos despachado de antemano un extraordinario. Se puso la guarnicion sobre las armas, y resonaron por todas partes las salvas de artillería en muestra de contento. Charette salió con los demas generales á recibir al nuevo rey, y á rendir á sus plantas la espada que había desenvainado en defensa suya; pero tomándola Carlos, la metió otra vez en la vaina, y le dijo con tanto donaire como cordura: Mas me gus-

ta verla ahí. — El general contestó que estaba dispuesto á hacer todo lo posible para no tenerla que sacar de nuevo. Aquella noche hubo iluminacion general, y señalaron el dia siguiente para instalar al nuevo rey.

Celebróse en efecto esta solemnidad en la iglesia parroquial de Fontenay, y Charette leyó la sumaria que le habían enviado de la consagracion del hijo de Luis, hecha por el obispo de Saint***** en la torre del Temple. El nuevo soberano prestó su juramento á las constituciones del estado, y recibió el de los personajes nombrados por representantes de los brazos del reino. Concluyóse la funcion con grandes repartimientos de dinero y de comestibles; con otra iluminacion y con los bailes que duraron casi toda aquella noche. Alojaron á Luis en el castillo, juntamente con su aya, algunas personas de confianza y nosotros. Se encargó de la guardia de

su persona una numerosa y valiente division del ejército, que plenamente vencida de que este niño era el paladion de su seguridad, no dudó responder de él con su cabeza. Los extraordinarios despachados á varias divisiones, llevaron el encargo de exigir que se les librase, en cambio de esta nueva tan feliz como inesperada, un testimonio de su juramento de fidelidad á Luis xvii.

Es muy difícil formarse una idea de la alegría y valor que este acontecimiento infundió en todo el ejército en general, y en cada uno de sus individuos en particular. Estaban desanimados y abatidos por los muchos descalabros y reveses que habían sufrido de algun tiempo: el sacudimiento de reaccion que motivó el 9 de termidor, se había amortiguado: los miembros del Gobierno que habían cedido en la apariencia á las circunstancias, dejando que fluctuasen en sus débiles manos las riendas

del estado, comenzaban ya á cogerlas con brio y á manejarlas con valor; al paso que ó bien por fatalidad, ó por cálculo, se disminuía el número de los defensores de la dignidad real: la desercion por fin iba debilitando el ejército, y la desesperacion se apoderaba de los gefes; cuando la inesperada presencia del hijo de Luis desvaneció de repente todos los temores, restituyó la confianza y la actividad, inspiró valentía, y haciendo concebir la esperanza del buen éxito, anunció la certeza de conseguirlo. Tan cierto es que el influjo de la imaginacion obra las mas maravillosas mutaciones, que su fuerza es muy temible, y que elevando los sentimientos de la voluntad, se doblan las facultades físicas.

Pero en tanto que los negocios del rey y de sus defensores tomaban un aspecto tan lisonjero, no se dormían sus enemigos. Su evasion, que no les era

ménos funesta que imprevista, los había puesto alerta; y ya que nada podían conseguir á viva fuerza, recurrieron, para recobrar la presa, á los ardidés diplomáticos.

Recibí una mañana aviso del general Charette para que pasase á verle inmediatamente. Acababan de traerle un sugeto, disfrazado de marinero, que sospechaban fuese espía, como se vió despues claramente por las preguntas que le hicieron. Se le prometió la vida, si quería salvarla, descubriendo cuanto supiese de los que lo habían enviado; y el villano, prefiriendo su existencia al honor, nos dió las noticias siguientes: que este viage, que tan mal le había salido, era el noveno que hacía al ejército real, en el que tenía algunos conomicimientos; que por medio de quince ó veinte, entre gefes y soldados, que se había ganado á fuerza de dinero para el partido de la república, estaba casi

seguro de mover en el ejército un alboroto, para el cual serviría de pretexto la cortedad de los sueldos, siendo su verdadero objeto arrebatár al nuevo rey; que mientras él disponía esto por una parte, el Gobierno francés preparaba por otra, para precaver todo inconveniente, varias negociaciones, que se dirigían á entablar entre los gefes vandeanos y los chuanes un armisticio, durante el cual se ajustaría amigablemente la paz definitiva; que para conseguirla, siendo una de las condiciones preliminares el que volviese Carlos á la torre del Temple, se obligarían no solo á agraciarse con los primeros empleos, así civiles como militares, á los gefes de los insurgentes, y á conceder á los subalternos una absoluta y perpetua amnistía, sinó tambien á reedificar las casas que les hubiesen arruinado, y á repararles ganado, instrumentos para el cultivo, semillas para un año, y cierta can-

tidad de dinero, con que pudiesen ocurrir á los gastos mas indispensables para reponer sus ajuares.

Hizo el espía esta esplicacion á presencia de la plana mayor de Charette, y observé que tocó muy ligeramente los primeros puntos, para poderse estender á su satisfaccion en los últimos. Al hacer esta confesión, tuvo tal maña para presentar por el lado favorable las ventajas que resultarían, segun él, si los vandeanos se conformaban con la propuesta de los comisarios, que temí habría empezado á cebar á la mayor parte de los que presentes estaban, ya que no los hubiese seducido completamente. No fueron vanos mis temores, pues quando despues de haberse salido, propuso el general algunas medidas para contrarestar á las de los enemigos, no tuvo otra respuesta que un silencio de desaprobacion. Era la primera vez que experimentaba semejante

desaire; por lo que mirándolo como una afrenta, preguntó con aquella superioridad que inspira la conciencia pura y tranquila, ¿en qué había disgustado á sus camaradas? pero no logró mas respuesta que la que le dieran anteriormente. Tenía el general un carácter tan franco, poseía en tal grado aquella generosa ingenuidad, aquella honradez caballeresca, no ménos característica de la nobleza del siglo de Felipe Augusto, que desconocida en este, y se interesaba tanto en la causa por cuya defensa había tomado las armas; que estaba muy distante de rezelar el motivo del extraordinario silencio de sus oficiales. Yo, que por estar mas ejercitado en conocer el interior de los hombres, había adivinado lo que pasaba en el de estos, me atreví á decirlo abiertamente, y nadie me contradijo; pero como siempre se tiene algun reparo en cometer una accion, ó en manifestar un sen-

timiento que se oponga al honor y á la obligacion, se contentaron con hacer aquella confesion tácita, sin alargarse á justificarla en la debida forma. La agradable perspectiva presentada por el diestro espía, se adecuaba mucho al gusto de unos hombres que hacían la guerra más por interes que por ser verdaderamente afectos al rey, y que cansados de agotar sin provecho su sangre y caudales en defensa de un partido, que podía mirarse como desesperado por sus continuas desgracias, aunque no seguian las opiniones de la otra parcialidad, estaban con todo inclinados á no desechár sus ofertas, siempre que les proporcionasen alguna utilidad real. «Mucho tiempo hace que una guerra asoladora está destruyendo nuestra patria, y arrebatando la vida á los mas intrépidos defensores de la dignidad real, con cuya pérdida se aumenta la alegría, valor y aliento de los republicanos. En

vano se ha procurado engañar á los insurgentes con las esperanzas de pronto socorros, de hombres y de dinero. La Rusia, que se había obligado á suministrar lo primero, ya no piensa seguramente en cumplir su promesa; pues su armada, que sigue siempre anclada en el mar del norte, parece que está allí encadenada, mas por la mala voluntad de los gobernantes, que por los hielos. En cuanto á la Inglaterra que nos ha prometido subsidios pecuniarios, hay poco probablemente que esperar de ella, porqué el estado de sus rentas no se lo permite, ó mas bien, porqué siendo la intencion decidida de su Gobierno, que la Francia se arruine por sí misma, obligará á los insurgentes, no dándoles auxilios, á que se sacrifiquen inútilmente. ¿No se ha alegrado Pitt al saber la muerte de doscientos vandeanos? ¿No descubrió el secreto de su política, cuando admirándose algunos de

esta demostracion, que tanto desdeñaba de su empleo, les contestó: *al cabo siempre son franceses?* Es pues evidente que el gabinete de san JAMES se ha propuesto el aniquilamiento de la Francia, ora sea la forma de su Gobierno monárquica, ora republicana. ¿No es por consiguiente inútil, temerario y arriesgado el proseguir sin mas ayuda que el propio valor, ó por mejor decir, la desesperacion, una lucha tan desigual con un enemigo, fuerte, numeroso, aguerrido y vencedor? Ofrece la paz, pudiendo continuar la guerra; propone condiciones benignas y ventajosas, cuando está en su mano el dictarlas duras; ¿en qué pues nos detenemos? » Así peroró un mayor, orador tan hábil como mal guerrero, á quien la naturaleza, al mismo tiempo que le concedió una chispa del talento de Ciceron, le comunicó tambien su pusilanimidad. En la época de las turbulencias de la anar-

quía, hubiera sobresalido en las tribunas de las juntas populares; pero no poseía el entusiasmo que enciende, ni la obstinacion que sostiene la efervescencia de una guerra civil. Infiel á su juramento, fué el único que tuvo la infame osadía de cohonestar su perjurio con estos pretestos; y aunque nadie habló mas que él, no hubo uno que se le opusiese. Charette, á quien había encendido la sangre este discurso, miraba con airado semblante á sus pérfidos oficiales. ¿Qué estáis hablando de interes y de utilidad? exclamó: ¿qué entendéis por condiciones ventajosas? ¿Acaso hacemos la guerra para enriquecernos? ¿ni haremos la paz para reponer nuestras haciendas? ¿Os habéis olvidado del juramento, en el cual unisteis vuestra suerte con la del rey? ¿Por ventura se ha hecho ya vuestro corazon insensible á los gritos del honor? no sois realistas y franceses? Qué es esto? los u-

surpadores están sentados en el trono, inundado en la sangre de vuestros reyes, ¿y no se inflama la vuestra? Los verdugos de Luis XVI, armados de un puñal en vez de cetro, huellan con desprecio á la nacion humillada, y vosotros ¿os negáis á levantarla y á castigarlos? ¿Para qué mendigar, ni qué necesidad hay de aguardar los socorros de la Inglaterra y de la Rusia? ¿Qué tiene que ver nuestra contienda, nuestros deseos, nuestras esperanzas, nuestro valor y nuestra resolucion, con la flemma de los habitantes del norte, ni con la falsa proteccion de los isleños? ¿No os llenáis de vergüenza y de indignacion, no tembláis de cólera, cuando dejáis el cuidado de vengaros en manos de los extranjeros? ¿Es Jorge ó Catalina quien ha muerto en el cadalso? ¿ha sufrido algun menoscabo el despotismo moscovita, ó la grande acta de navegacion inglesa? No por cierto: vues-

tra monarquía es la que se ha desplomado, minada por la revolución; el trono de san Luis se ha hundido en el ensangrentado cieno del Gobierno popular; un descendiente de Enrique iv ha inclinado su cabeza, que ciñó la corona, bajo la cuchilla de los verdugos; la sangre de sus afectos súbditos, de sus fieles amigos, de los mejores ciudadanos, es decir, la sangre de vuestros padres, de vuestros hijos, de vuestras esposas, de vuestros amigos y de vuestras queridas, ha caído desde los cadalsos, corriendo en arroyos por el suelo frances. Y queréis dejar las armas? ó mas bien ¿pretendéis entregarlas á rodillados á los asesinos que gobiernan? ¿Esperáis que los mismos que os han degollado y desnudado, os cumplirán esas promesas que os injurian? Los que han incendiado vuestras mieses, ¿os ofrecen granos? ¿quieren reedificar vuestras casas los que las han talado á san-

gre y fuego? Sí que las reedificarán; pero será con los huesos de vuestros despedazados hermanos, amasando estos espantosos materiales con vuestra propia sangre. Id pues, viles y pérfidos soldados; marchád, desertores de un partido que deshonráis; abandonád á los caprichos de la suerte y á la inconstancia del acaso, á ese real y desdichado huérfano que jurasteis defender; pero llevádle ántes preso en medio de vosotros, y entregádle á los que asesinaron á su padre: no os muevan á compasion su edad, su hermosura, su debilidad ni sus infortunios; y cuando estéis delante de vuestros nuevos amos, imitad su conducta, haciendo rodar á sus piés la inocente cabeza de vuestro rey. —

¿Cuán poco puede la elocuencia de la probidad contra la del egoismo! Este discurso, tan propio para atraerse cualesquiera otros corazones, conmovió muy levemente los de aquel auditorio;

y aunque les iban á saltar las lágrimas, las reprimió el sórdido interes. Nada se decidió, y solo convinieron en que el espía republicano volviera á los de su partido, bajo la custodia de un espía de los chuanes que le fuese desconocido; debiendo hacer este último todas las averiguaciones que pudiese, para obrar definitivamente con arreglo á ellas.

Amigo, me dijo Charette, así que salió del consejo, ya ve Vd. hasta qué punto puede degradarse una persona dominada por su interes particular. La virtud y el honor son para ella nombres sin significado, los juramentos un juego, la obligacion una cadena que huella y destroza á su antojo, y sus opiniones mismas varían con los sucesos y toman cada dia distinto aspecto, conformándose enteramente con las circunstancias. Estos traidores han traspasado la primera barrera, y ya nada los podrá contener en adelante: hacen

grandes progresos en la carrera de la perfidia, y no es posible que se den por contentos hasta que la hayan corrido por entero. No estrañaría que dentro de breve el infeliz hijo del desventurado Luis fuese arrebatado contra mi voluntad de su asilo, y que le entregasen en manos de sus perseguidores. Desdichada criatura! qué estrella es la tuya? ¿Te ha formado el cielo en un momento de cólera, y ha tejido la tela de tus dias con los mas funestos hilos? Naciste en medio de las tormentas.... fuiste alimentado con las lágrimas maternas, no ménos que con la leche de tu nodriza.... tu cuna fué arrojada, como la de Moises, al ensangrentado rio de la revolucion.... y esta ¿á dónde te ha despeñado? en un abominable calabozo, que honraron y hermosearon las virtudes de tu padre, el cariño de su esposa, el afecto de tu hermana, la prudencia de tu tia, y tus naturales y encan-

tadoras gracias. Un martirio doloroso, aunque sagrado, consumió á tu linage : único y débil renuevo de este grande árbol, cortado por la cuchilla, no has heredado de los tuyos otra cosa que miserias; y para que lleguen á su mayor colmo, no bien has sido libertado de la ferocidad de tus verdugos, quando vas á ser víctima de la traición de tus defensores, que son todavía mas inhumanos. Pero qué digo? ¿has de caer otra vez en poder de los tiranos? ¿te verás sumergido de nuevo en esa caverna de leones, donde te dejaría crecer la venganza, hasta que pudiera cebarse en tu sangre? No, no : tu existencia está asegurada, mientras le quedé algun aliento á la mia; gozarás de la libertad, en tanto que yo la tenga; mi vida es tuya, como lo fué de tu padre; he derramado mi sangre, y derramaré la que me queda, por tu causa; mi brazo se empleará siempre en tu defensa.—

Poseido el general de aquel extraordinario zelo que constituye á los héroes, y poco satisfecho de manifestarlo solamente con palabras, estaba dispuesto á acreditarlo con las obras. Seguro de la debilidad de sus oficiales, y de la alevosía que era consiguiente, se resolvió á precaverla; y despues de haber meditado, conferenciado y discurrido sobre los medios, escogimos este como mejor.

A algunas leguas del embocadero del Loira se encuentran varias isletas, que no son por lo regular mas que un monton de arena y de conchas; aunque algunas, mas favorecidas por la naturaleza, están hermoseadas con el grato verdor de los árboles y de la menuda yerba. Hay entre aquellos islotes uno, mayor y mas fértil que los otros, que lo resguardan del continuo embate de las aguas. La claridad del cielo, que está casi siempre sereno, y la fecundidad, her-